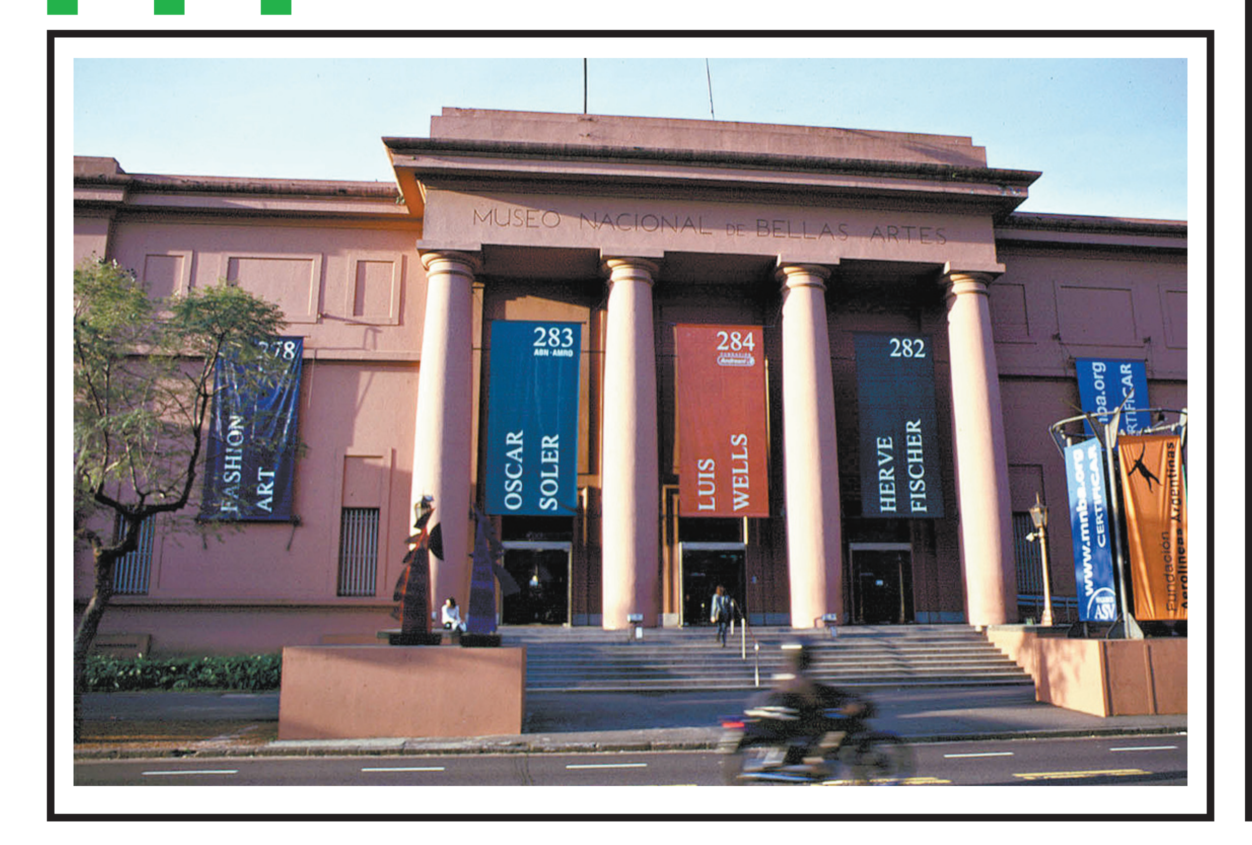
m²




Arnaldo Pampillon

una reunión en Barracas, Nun restaurando museos, la ley de los carteles y un premio para el Club de Amigos

PATRIMONIOS



Gustavo Mujica


Estela Figueras

Museos, restauraciones y libros

El secretario de Cultura, José Nun, explicó el plan de restauración de edificios históricos para el Bicentenario. La Casa se inaugura a fin de año y el Museo del Grabado al fin tendrá casa propia en diciembre.

POR S.K.

Guadalupe Lombardo



Por si queda alguien que no se haya dado cuenta, el año que viene vamos a estar obsesionados con el Bicentenario. Es una idea algo inquietante, porque a los argentinos nos pesa como un tatuaje la gloria del Centenario y el Bi invita a comparaciones incómodas. Por ejemplo, en el calibre del festejo, que hace un siglo creó un grato desparramo de palacios, monumentos e inauguraciones y hoy será mucho más modesto. José Nun, secretario de Cultura de la Nación, piensa su parte del Bicentenario con cierta practicidad, lo que incluye rescatar, reparar y rescatar parte del patrimonio del país. Incluyendo piezas que ya fueron centrales en la primera fiesta de siglo.

Nun va a cumplir cinco años en un cargo que suele hacer de Cenicienta ministerial, y lo hace de buen ánimo. En parte es porque puede mostrar un drástico aumento de la inversión en cultura y en parte por su teoría de "lo observable y lo inobservable". Lo primero, claro, consta del stock de objetos concretos del patrimonio cultural y en particular las piezas por naturaleza únicas, por ejemplo, el manuscrito, frente al libro editado. Lo segundo es la "construcción de ciudadanos" que también es tarea de la cultura, pero es algo acumulativo y menos evidente.

En lo observable entran varios edificios de altísimo valor patrimonial que, explica Nun, "venían descuidados de hace veinte o treinta años". La lista incluye la casa natal de Sarmiento, el palacio San José de Urquiza y el Museo Histórico Nacional en Parque Lezama, para citar los más añejos. La Secretaría de Cultura pasó meses trabajando con la de Obras Públicas para cerrar un convenio de restauración y puesta en valor, con algunas obras de ampliación "para mudar oficinas y talleres, y hacer más lugar para la exhibición de objetos". Son 50 millones de pesos en total, un dinero que rara vez se ve para estos fines. Cultura tiene otros treinta millones de su propio presupuesto para otras obras propias.

Y luego están las naciones amigas, las mismas que en 1910 poblaron la ciudad de monumentos. Los españoles se prendieron al festejo con una obra muy simbólica, la restauración del Teatro Cervantes. Sucede que, originalmente, María Guerrero construyó el teatro con objetos y especialidades de diez comunidades españolas. Maderas, telas, mayólicas, herrerías y yeserías tienen orígenes localistas y estilos extremadamente típicos de su rincón en España. El embajador Rafael Estrella y el ministro de Cultura de España, Antonio Molina, se entusiasmaron con hacer lo mismo un siglo después, y el Cervantes será restaurado en tiempo y forma con la participación de las mismas diez regiones españolas. Esta semana que empieza llega la comisión de especialistas para ver el lugar y arrancar los planes, que hasta sobrevivieron la crisis económica internacional.

Los españoles también participan de la sede oficial del festejo, la Casa del Bicentenario en Riobamba y Marcelo T. de Alvear que dirige Liliana Piñeiro y será inaugurada a fin de año. Las actividades empiezan recién en marzo de 2009, cuando se instalen los equipos donados por España para completar la obra, con una muestra interactiva y multimedia con guión de Fernando Devoto.

Hablando de edificios, Nun le anunció a **m2** que el Museo Nacional del Grabado ya tiene en vista sede propia. El museo malvive en un antiguo caserón del centro que es propiedad de la agencia oficial Télam y que hay que devolver. El destino futuro de la casa histórica –es del siglo XVIII y, pese a las reformas, una pieza de primera agua– será algo a vigilar, pero el museo del Grabado llegará a fin de año en la galería de la Biblioteca Nacional, la que está en la plaza frente al bar. Esto permitirá al fin ver la colección de un museo prácticamente secreto.

Y otro anuncio es que avanza el tema de la sede del futuro Museo Nacional de Arte Contemporáneo que dirige en forma virtual Andrés Duprat. Junto a Costa Salguero hay tres grandes galpones propiedad del Estado. Dos se usan como depósitos de alimentos y enseres para la ayuda social, el tercero será la sede de una colección que realmente le falta al país.

Todos estos dineros y proyectos surgen del deliberado entusiasmo de Nun por conseguir más fondos. El secretario explica que la Argentina invierte en cultura el 0,17 por ciento del Presupuesto nacional, muy por abajo del 1 por ciento que recomienda la Unesco como mínimo y muy por abajo del medio punto que usan Brasil o Uruguay. En estos años, Nun logró que este país gaste 0,30 por ciento de su presupuesto y que se instale la idea de que el uno sería lo correcto. Chaco y Entre Ríos, por ejemplo, ya lo legislaron para este mismo año.

Esta utopía posible se asienta en cosas como el censo que descubrió que más de 250 mil argentinos se ganan la vida directamente empleados en industrias culturales. O en explicar que "la cultura y su presupuesto siempre eran lo más recortable ante cualquier problema de presupuesto. Es como que ante los problemas, se cortaba lo ornamental, lo superfluo. Pero la cultura es una manera de organizar el caos, una herramienta de construcción ciudadana y de inclusión social".

Estas cosas parecen difíciles de entender. "En los '80 se puso de moda el gran show, tan grato al funcionario, pero que no deja marca alguna. No hay que desdeñar lo que no da satisfacción inmediata, hay que aprender a construir." Nun cita una idea sencilla y llamativa que se empezó a aplicar hace unos años: que cada vivienda social venga con una pequeña biblioteca especialmente planeada. La colección incluye desde un manual de primeros auxilios hasta algunas novelas, una enciclopedia escolar de un tomo y un manual legal que se transformó en un best seller de la secretaría. La idea resultó tan bien que el presidente de México anunció con un discurso que la va a aplicar y Raúl Castro le avisó a Nun: "Te la robo". Veintidós países iberoamericanos están debatiendo cómo extenderla a todo el continente.

¿Cuándo se nota el efecto de una medida así? Nunca o enseguida, depende de cómo se mire. De este tipo de misterios nacen los lectores.

POR SERGIO KIERNAN

Para cuidar a Barracas

Políticos que escuchan y vecinos que exigen se vieron esta semana en un club de Montes de Oca. Una instancia de trabajo que muestra la fuerza de la agenda patrimonial y sigue esta semana en Villa del Parque.



Este miércoles, en una bella casona de la calle Montes de Oca, se realizó una reunión para velar por Barracas. El Encuentro por la Preservación del Patrimonio Arquitectónico del Barrio de Barracas juntó en el club Santa Lucía a grupos de vecinos, periódicos vecinales, instituciones barriales y ciudadanos de los que ven algo malo y deciden hacer algo bueno, con políticos dispuestos a escuchar. La reunión es la muestra que la agenda patrimonial es parte de la política porteña y tiene sus palos y sus zanahorias, dependiendo de dónde se para cada uno.

El Santa Lucía se asienta en una de esas casas de barrio de buen porte, con sus detalles franceses y su gran salón, que terminó alcanzando apenas para la reunión. Ese fue el primer detalle que muestra la fuerza de la agenda. El segundo era que estaban desde el presidente del barrio de Barracas hasta el director de su junta histórica, junto con docentes, comerciantes, jubilados, profesionales... un corte de lo que es un barrio y no un grupo de arquitectos o restauradores. Lo que destaca aún más el tercer detalle: la pasión con que se argumentó por la preservación del barrio. Esta era gente que hablaba de lo que es suyo y no de alguna abstracción cultural.

La invitada principal del encuentro fue la presidenta de la Comisión de Patrimonio de la Legislatura, Teresa de Anchorena. La diputada (CC) estaba flanqueada por su jefe de asesores Facundo de Almeida y por sus asesoras, las arquitectas Laura Weber y Gabriela Musio. A su lado estaban el presidente del Santa Lucía, Norberto Bevilacqua, y el organizador de la defensa de Barracas, el arquitecto Ignacio Fusilier, alma del grupo Proteger Barracas. Más tarde se agregó al encuentro el diputado nacional Fernando Sánchez, que representa a la ciudad en el Congreso. Por teléfono, Elisa Carrió mandó su apoyo a la agenda.

La discusión fue simple. Anchorena explicó que estaba en "una bella parte de Buenos Aires", contó para qué sirvió la comisión que creó y preside –en tres años se catalogaron más edificios que en los diez anteriores– y destacó la juventud general de los presentes y de los militantes del patrimonio, "jóvenes que cuidan el pasado". La diputada remarcó que Barracas "es un barrio muy cercano al centro pero que tiene aire de barrio y espacios de alta calidad", con alturas acotadas. Justamente, Anchorena explicó que trabaja en "proyectos concretos, por ejemplo para evitar que el barrio tenga edificios de alturas inadecuadas" como ya se hizo en Caballito. "Hay que crear sinergia entre legisladores y vecinos para preservar la buena arquitectura: hay muchos lugares en peligro a conservar y defender".

Buena parte de la discusión y las preguntas hacen a la inminente creación de una APH en Barracas para proteger muchos edificios notables, y una rezonificación de buena parte de la espalda de Montes de Oca hasta Hornos, y el entorno del Hospital Elizalde, para prohibir la alta densidad y los edificios en altura. Los vecinos mostraron tanto aprecio por las torres como los de Caballito, que lograron prohibirlas en su región, y repetidamente pidieron que se bloquee un proyecto en la calle Olavarría, donde algún inversor compró varias casas para crear un terreno grande y hacer una torre. De Almeida explicó que había realizado un pedido de informes y averiguó que nadie había pedido todavía permiso para construir nada en ese lugar.

De Almeida puso el tema en contexto al explicar que se busca un código urbano que refleje las alturas actuales que caracterizan a los barrios y no uno que impulsa una ciudad de alta densidad, de edificios altos y superpoblada. De Almeida explicó el proyecto de Anchorena de crear los metros virtuales como objeto legal, para que los dueños de casas catalogadas puedan vender el potencial de construcción que no van a realizar, otra manera de hacer viable el patrimonio y ayudar a su conservación.

Ignacio Fusilier explicó el origen de su grupo Proteger Barracas. Fusilier es de una de las familias ancestrales del barrio y vive en la casa que compró su bisabuelo en la década de 1870. Ese mismo ancestro decoró la vecina iglesia de Santa Felicitas con sus pinturas, otro antecedente que explica que el arquitecto sintiera "casi desesperación al ver las demoliciones en el barrio". Fusilier midió sus emociones contando que hubo treinta demoliciones de piezas valiosas en apenas un año y dentro del perímetro de lo que sería la APH, un proceso de vandalismo realmente notable. El arquitecto admitió que las avenidas pueden ya estar perdidas, pero que hay que cuidar las todavía mayoritarias manzanas de casas que tiene el barrio, "por su patrimonio edificado y también por su calidad de vida".

De Almeida cerró retomando la idea, explicada por Anchorena, de que el patrimonio perdido no se recupera, lo que lo hace comparable al medio ambiente, imposible de restaurar una vez destruido. Y destacó la increíble utilidad de la movilización de los vecinos ejerciendo presión sobre los políticos. El ejemplo fue el del colegio La Salle, que ya sería un hotel muy remodelado si no fuera por los ex alumnos y patrimonialistas que pusieron el tema en los diarios. El mismo Macri terminó ordenando que se catalogara el colegio, lo que sucedió en tiempo record. Como para mostrar qué claro tienen esto los vecinos, Fusilier le entregó a De Almeida un fajo encuadernado con 1700 firmas apoyando la APH y exigiendo el fin de las torres.

Este miércoles se realiza la tercera de estas reuniones sobre patrimonio, esta vez en Villa del Parque. Es a las 18.30 en el Club Parque de Marcos Sastre 3264, enfrente de la plaza y casi esquina Cuenca.

Tres para el catálogo

La Legislatura votó este jueves tres proyectos de la diputada Teresa de Anchorena que aumentan la colección de edificios protegidos. Esta vez, son tres famosos y de primer orden: el palacio Bosch, actual residencia del embajador de EE.UU., la embajada italiana y la sede central de Bunge y Born en la calle 25 de Mayo. Son dos palacios de porte y estilo francés en plena Libertador, y un ejemplar particularmente rico de la arquitectura institucional de la city porteña.

Reunión por la calle Defensa

La resistencia abierta al proyecto de semipeatonalización de la calle Defensa forzó al gobierno porteño a convocar a los vecinos y por fin hablar con ellos. Como se recordará, la idea es transformar Defensa en una suerte de *mall*, con tránsito limitado y un drástico cambio de superficies. Quienes viven sobre esa calle o en su zona de influencia, lo que equivale al casco histórico, cuestionan con dureza el proyecto en tres niveles. El primero es simplemente la falta total de transparencia, ya que se enteraron por los diarios de que les querían cambiar completamente su realidad. Lejos de ser zonzos, todos saben que éste es el tipo de iniciativa con que ciertos funcionarios creen que se lucirán, aunque terminan creándole al jefe de gobierno legiones de opositores. El segundo nivel es el cambio de rutas de transporte y el énfasis en que Defensa se llene de bares y locales, una "palermización" que no quieren en San Telmo. Para peor, una peatonal de hecho –pese a los juramentos técnicos de la Ciudad, será una peatonal de hecho– en una zona de grandes carencias sociales se transforma necesariamente en dormitorio al aire libre. Y tercero, está la tosca resistencia oficial a entender que las veredas, los cordones, los faroles y los adoquinados son tan parte del patrimonio como las casas y los monumentos.

Este viernes, a las 18, funcionarios del Ministerio de Desarrollo Urbano escucharán a los vecinos en el Centro Cultural Plaza Defensa (Defensa 535). Para poder hablar hay que inscribirse previamente en el CGP de Uruguay 740, en Avenida de Mayo 191, primer piso, o en Carlos Pellegrini 291, 9º piso, siempre de 11 a 18. Será interesante ver qué dicen los funcionarios de Desarrollo Urbano, que faltaron puntualmente a todas las reuniones con los vecinos. Sólo el director general del Casco Histórico, Luis Grossman, dio la cara para hablar de un proyecto que no surge de su oficina y que no puede modificar si quisiera. De hecho, lo defendió bastante: Grossman es un arquitecto con una larga carrera docente y de columnista defendiendo la más pura ortodoxia moderna, la que dice que sólo lo nuevo es válido, con lo que los cambios raramente le parecen malos.

Un premio al Club de Amigos

Por primera vez en el mundo, un club ganó el Premio a la Calidad

Acaba de ocurrir algo francamente inusitado: por primera vez en 58 años, un club ganó el Premio a la Calidad creado en Japón en 1950. El premio se da en decenas y decenas de países, que formaron cada uno una Fundación y le agregaron la palabra Nacional. Siempre lo ganan empresas, de todo tipo y tamaño pero siempre empresas. Pero este año, el Premio Nacional a la Calidad va a quedar en el Club de Amigos.

El presidente honorario del club, Hugo Masci, sigue encantado con el record. En Argentina, el premio fue a parar a firmas como Xerox, Unilever, Volkswagen, Telecom y Siderar, y la única entidad no empresaria en ganarlo alguna vez fue el Grupo Educativo Marín. "Pero nunca un club, nunca en todo el mundo", repite Masci.

El presidente –que era ejecutivo hasta 2005 y ahora es honorario– es uno de los fundadores del Club que sigue activo en su directorio y cuenta que hace rato que tenían ganas de hacer el experimento. "Empezamos en 2006, pensando si era posible que una asociación sin fines de lucro ganara un premio a la calidad de gestión. Nos presentamos, descubrimos que era muy complejo, hicimos cursos, leímos el manual que nos dieron... en fin, fue un gran trabajo."

El premio fue inventado en Japón cuando su industria renacía y comenzaba a aspirar a mercados internacionales. En 1950, los productos japoneses eran baratos y malos, competitivos sólo por precio. Sus autos, por ejemplo, eran motivo de bromas en varias lenguas y un sinónimo de fealdad. El premio fue una de las tantas herramientas que ayudaron a mejorar el nivel general, y se generalizó a más de cien países. En Argentina, la Fundación que lo otorga se formó en 1992 y desde 1994 es tradición que sea el presidente quien lo entrega: en cosa de días, Cristina Fernández de Kirchner lo hará al Club de Amigos.

Para competir por el premio hay que escribir un relatorio de 75 páginas de largo explicando la calidad que uno tiene en gran detalle. Un primer jurado lee estos relatorios y elige los que pasan a la segunda etapa. Entonces, la Fundación nombra a nueve evaluadores para cada candidato, que se dedican a estudiar el caso. La tercera etapa es la visita al candidato, que dura cuatro días e implica absoluta libertad de los evaluadores de circular, quedarse, hablar, preguntar, participar. Hasta una oficina hay que darles. Cada equipo de evaluadores redacta un informe con su opinión, y estos informes van a un nuevo jurado, de siete miembros, que vota el ganador.

Todo este proceso es muy riguroso, lo que explica los varios premios que fueron quedando vacantes en estos años. El jurado se fija en cosas como el impacto comunitario del candidato, su trascendencia social, su liderazgo, su planeamiento, su gestión y administración, su creatividad, su cuidado del medio ambiente, su capacidad de transmitir conocimiento y los resultados finales del proceso. Masci destaca algunas cartas ganadoras del Club, que nació en un departamento hace 23 años cuando se reunió un grupo que se veía venir una crisis sin remedio del sector clubes. Para estos fundadores, el club como se lo conocía era un paradigma sin remedio, agotado y sin más parches. Lo que resultó cierto: desde 1985 desapareció el 45 por ciento de los clubes del país.

Lo que hicieron los fundadores fue pensar un club básicamente para chicos con un fuerte énfasis en la introducción al deporte. Comenzaron subalquilando el predio de Palermo, que estaba concesionado por la ciudad a una entidad religiosa. En 1992, vencida la concesión, se presentaron y la ganaron ellos. Así nacía el Club de Amigos como se lo conoce hoy en Palermo, que es el único concesionario deportivo cuya gestión no terminó en abandono, desastres, instalaciones saqueadas y escandaletes.

"Eramos contraculturales", medio que bromea Masci. "Cuando los clubes estaban en decadencia, nosotros arrancábamos con un club. Y creo que supimos ser coherentes con lo que nos propusimos hacer y formamos a más de 100.000 chicos, cada vez tenemos más socios, no sólo nos sustentamos sin ninguna subvención sino que cada inversión es con recursos propios, y nuestras encuestas nos dan resultados notables." Una que cita Masci es llamativa: el 98 por ciento de los socios habla bien del club, cifra a la que sólo puede aspirar alguna que otra escuela de la ciudad. No hay empresa que jamás haya registrado semejante porcentaje de satisfacción entre los clientes.

ARNALDO PAMPILLON



Un proyecto para los grandes

La ley que regulará la publicidad en vía pública en la ciudad sigue dando que hablar. Después de que **m2** revelara la escandalosa manera en que los lobbies del sector se instalaron en la Legislatura porteña, el complaciente proyecto que impulsaba la diputada Silvia Majdalani tuvo que ser cambiado. El mejunje que armó la diputada del PRO no sólo contradecía lo que envió su propio partido desde el Poder Ejecutivo, sino que despertaba fuertes resistencias dentro de su bloque, por no hablar de la oposición. Ahora circula otro que parece cortar por lo más delgado: se acerca al proyecto original en lo que hace al "chiquiteo", pero les preserva y amplía el negocio a las grandes empresas del sector.

La cosa empezó en la dirección general de Política y Desarrollo del Espacio Público cuando su titular Tomás Palastanga envió a la Legislatura un notable proyecto de régimen de publicidad basado en el de Madrid. La capital española era la más saturada de la Unión y para limpiarse de carteles y cartelitos se puso drástica, aunque no tanto como nuestra vecina brasileña San Pablo, que prácticamente prohibió todo cartel.

Con consenso y apoyo del Ejecutivo, Palastanga envió su proyecto que, como marca el reglamento, comenzó a ser tratado en las comisiones correspondientes. La central, en este caso, es la de Protección y Uso del Espacio Público que preside Majdalani y parece más dedicada a la parte de Uso que a la de Protección. El bello edificio de la calle Perú se llenó al instante de lobbistas carteleros y publicitarios, que son muchos porque es un sector muy dividido, con varias cámaras y asociaciones. Para sorpresa general, los lobbistas se sentaban a la mesa y hablaban como si fueran parte del debate, algo prohibido hasta en el reglamento de la casa. La semana pasada recorrían los despachos dejándole a cada diputado y diputada un escrito con las correcciones que deseaban a la ley, escritas por abogados y listas a votar. Nadie puede negar que estos lobbistas son de lo más prolijos.

Tal chantada indignó a más de uno y resultó que era más que dudoso que Majdalani consiguiera un número digno de firmas para el proyecto. Las leyes nacen con despachos de comisiones, unos escritos donde se redacta la ley y se agregan considerandos y comentarios, firmados por sus miembros. Esto lo debaten primero los asesores, formalmente constituidos, y luego sus diputados, y la fuerza del proyecto es directamente proporcional al número de firmas, que refleja un consenso. Un proyecto unánime muestra acuerdo entre partidos y le da buena chance a la ley. Un proyecto con lo justo es políticamente débil y puede tener costos.

Esto le pasó al de Majdalani, que hubiera salido rengo. De hecho, era preferible dejar las cosas en el caos actual que votar su proyecto, tan permisivo era. Por eso ya circula la versión dos, a media agua entre el de Palastanga y los sueños de las cámaras. El proyecto deja en paz los gigantescos outdoors que completan las alturas de edificios o cubren huecos en las cuadras construidas, y agrega el caramelito de autorizar torres de publicidad –esos gigantescos tubos iluminados con un cartel encima– en baldíos, idea digna de Nigeria. Estos dos soportes de publicidad, groseros y gigantescos, tienen en común que son caros: sólo unas pocas empresas grandes se dedican a ellos. Qué casualidad...

Habiendo garantizado el negocio para los grandes, el proyecto actual cede a los pequeños. El resto sigue más o menos el original enviado por el PRO y el único toque majdalánico es la ambigua mención a las benditas marquesinas que afean la entrada de cada local de la ciudad. Están mencionados en los considerandos pero no en el articulado. No se entiende si es un error de redacción, una concesión a medias a la diputada Inés Urdapilleta, fan de las marquesinas, o una avivada para crear un vacío legal que las permite pero no las regula, un piedra libre para consolar al sector.

También llama la atención que se autoriza la publicidad en los telones provisorios que cubren andamios de obras y restauraciones. Esa idea circulaba en un proyecto de la Comisión de Patrimonio exclusivamente para edificios catalogados y viviendas sociales, una forma de subvencionar esos sectores especiales. Majdalanizado, el tema es un nuevo negocio.

Los carteles están ahora en una interna del PRO, entre los que apoyan el proyecto desde el Ejecutivo y el Legislativo, y los que atienden a lobbistas y empresarios. Estos últimos no parecen percibir que terminó una era: los porteños quieren una ciudad más limpia y mejor, y la cartelería arisca, exagerada, de bazar, no tiene el apoyo de nadie. La cosa se resolverá entre los que escuchan y los que quieren atender a los de siempre, por las razones de siempre.